

Carlos Malamud

En Latinoamérica no hay (ni hubo) paraíso

Clarín, 1 de enero de 2022.

Nunca ha existido el orden social perfecto que buscan transmitir los mitos fundacionales, con unos valores solo presentes en su relato.

Para unos, los defensores de la Hispanidad, en el actual continente americano, el paraíso no existía antes del 12 de octubre de 1492. Para otros, los defensores del indigenismo, del Abya Yala y del vivir bien (Sumak kawsay) el infierno surgió tras la llegada de los conquistadores españoles o europeos. Unos y otros coinciden en la fatal coincidencia de que esta es la fecha decisiva, con independencia de la figura retórica con que se la denomine. ¿Es posible que alguna de estas posturas maximalistas sea correcta? Me temo que no.

Para los primeros, como la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, o el politólogo argentino Marcelo Gullo, antes de 1492 América estaba dominada por la opresión, la esclavitud y, en algunos casos, los sacrificios humanos. Solo con Colón llegó la paz. Para Gullo, “el verdadero genocidio de América fue el que Hernán Cortés detuvo”.

Y para Díaz Ayuso, el mayor y más certero legado de España al continente americano “fue llevar el español y, a través de las misiones, el catolicismo y, por tanto, la civilización y la libertad”. Frente a la leyenda negra emerge el aporte civilizatorio (lengua, cultura y religión), clave para trazar el destino promisorio de un continente, que solo se torció cuando los criollos se independizaron, despojándose de aquellos valores que marcaron su existencia durante más de 300 años.

Siguiendo a otro argentino, Ricardo Levene, muchos afirman que “las Indias no eran colonias”, solo otros reinos de España. Y, como tales, tenían los mismos derechos y deberes que los peninsulares.

La conclusión inmediata de esta afirmación, que contrapone la superioridad moral del imperio español sobre otros imperios modernos, es que sin colonias no hay explotación colonial.

La realidad es más compleja, especialmente si se analiza el vínculo de ciertas instituciones tardo medievales, no capitalistas, con el origen del imperio español y la más temprana fundación de este último respecto a sus rivales europeos.

A efectos de la relación económica con la metrópoli, da prácticamente igual si las posesiones españolas en América, según los textos legales del momento, eran o no colonias. Tampoco lo eran Andalucía, Castilla, Extremadura u otros territorios peninsulares.

Pese a ello, en todo el reino de España los campesinos y otros grupos sociales subordinados eran explotados por los nobles, como los indígenas americanos lo fueron por los encomenderos.

Unos indígenas, que en contra de lo que dicen unos, eran explotados antes de 1492 por las autoridades y las elites locales, y, en contra de lo que dicen otros, también eran explotados después de 1492, aunque por unas autoridades y unas elites locales diferentes. Y lo siguieron siendo después de 1808/1825 por las nuevas clases dirigentes.

Para los segundos, como Evo Morales o Andrés Manuel López Obrador, el Abya Yala fue un remanso de paz hasta 1492. Fue entonces cuando comenzaron todos los problemas.

El vicepresidente boliviano, David Choquehuanca, sostiene que hasta esa fecha no había banderas, guerras ni prácticamente conflicto alguno. A tal punto que, como dijo en una conferencia en Madrid, se podía atravesar el continente de costa a costa sin encontrar grandes obstáculos.

Ese 12 de octubre todo cambió: “Durante siglos, los cánones civilizatorios del Abyayala fueron desestructurados, fueron resemantizados y muchos de ellos exterminados, el pensamiento originario fue sistemáticamente sometido al pensamiento colonial”.

Por eso Morales dice que la lucha (social, política, internacional) y el conflicto contra los poderosos y los malvados solo comenzaron entonces. Parecería que antes eran innecesarios, dado el estado de armonía generalizado a lo largo y a lo ancho de los territorios dominados por los mal llamados “pueblos originarios”: “Pese a los intentos de desestabilización por parte del imperio, a los movimientos indígenas, a los distintos sectores de los movimientos sociales, nunca nos van a derrotar, porque tenemos principios, tenemos ideología, venimos luchando desde tiempos de la colonia”.

Recientemente, López Obrador sumó la corrupción a los males y demonios aportados por la conquista. Así dijo que mientras no existía ninguna evidencia de corrupción en las sociedades prehispánicas, ésta fue introducida por los conquistadores españoles.

Como no podía ser de otro modo, con Cortés comienza el mal absoluto: “Bernal Díaz del Castillo habla de que el tesoro de Moctezuma cada vez se hacía menos porque se lo robaban los jefes de los soldados españoles que cuando lo reparten lo que les tocó a cada uno de los soldados que participaron en la invasión, en la Conquista, fue muy poco porque Cortés se había quedado con una parte, o sea que esto de la corrupción viene de cuando menos desde el inicio de la colonización”.

Este claro intento de manipular el pasado resulta bastante enternecedor. Las dos partes hablan y escriben en blanco y negro, revalorizando solo lo propio y denigrando o descalificando lo ajeno.

En realidad, es bastante infantil presentar a examen a sociedades tan perfectas. Unos creen que éstas eran las de los pueblos indígenas prehispánicos y otros que lo que debe reivindicarse es la realidad surgida con la conquista, colonización y evangelización.

Mientras unos y otros no sean capaces de admitir que a lo largo de la historia, en cualquier época y en cualquier parte del planeta, siempre ha habido explotación de unos grupos por otros y que la conquista y la codicia han sido valores permanentes, será difícil superar esta discusión estéril y paralizante.

Nunca ha existido el orden social perfecto que buscan transmitir los mitos fundacionales, con unos valores solo presentes en su relato. Movidos por el nacionalismo y fuertes sentimientos identitarios, ambas partes quieren llevar el agua a sus molinos, unos molinos no impulsados por el caudal de la historia, sino por concretos intereses políticos e ideológicos.

Carlos Malamud es historiador. Investigador principal del Real Instituto Elcano y catedrático de Historia de América en la UNED.